Nuestras alianzas

HOY se cumplen cuatro años de la firma del tratado de amistad y cooperacion entre España y los Estados Unidos de America. Dentro de un año, día por dia, tendrá que haberse tomado una decision acerca de si el tratado es prorrogado o expira. En este último caso, concluirían también veintiocho años de acuerdos ininterrumpidos. Un período notablemente largo, dentro del exiguo historial de la España moderna, en cuanto a pactos y alianzas militares.

Sin animo de terciar en la polémica sobre el reciente viaje del presidente Suárez a Washington, acerca de lo que habló o dejó de hablar con Carter, creemos que en el trasfondo de las conversaciones estuvo indudablemente la cuestión de las bases, empleando la denominación tradicional que ha venido dándose a los acuerdos con los norteamericanos. Este es el negocio, por llamarle así y aun cuando en realidad sólo lo fue para los Estados Unidos, que de mayor importancia tienen entre sí las dos naciones. En tanto España careció de otras alternativas creíbles y las bases en su territorio eran una verdadera necesidad para Norteamérica, las negociaciones siempre cristalizaron de la forma en que finalmente las vimos cristalizar. Renovación y sanseacabó, hasta la próxima tanda.

En los últimos tiempos, la situación ha cambiado. Ante la perspectiva, muy posible, de un ingreso de España en la OTAN, es probable que los Estados Unidos hayan pensado que esta solución les resulte más sencilla, barata y efectiva que la de arrancar otro tratado ventajoso a una España en la que, por lo menos la oposición, ofrecería seria resistencia. Por parte española, no olvidemos que entre los asuntos que tenemos pendientes figura el muy importante de definir nuestra política de defensa, aspecto primordial de la cual es el de las alianzas militares. Llevamos años, decenios realmente, casados con los Estados Unidos sin que el presunto romance con la OTAN dejara nunca de basarse en esperanzas, propósitos, rumores, etc. Prácticamente sin alternativas, éstas existen ya y, en teoría, podemos ejercer el derecho de todo Estado soberano de elegir aliados. Decimos en teoría porque, desde hace unas semanas, tenemos la impresión de que recientes sucesos, internacionales están volviendo a mediatizar nuestras decisiones.

Ahora, en efecto, cuando parecía que el ingreso de España en la Alianza Atlántica era cosa de meses y función únicamente de encontrar el momento más oportuno, resulta que hay claros indicios que apuntan en sentido opuesto. El giro que acaba de dar la situación mundial a raíz de la invasión de Afganistán por la Unión Soviética tal vez desaconseje —a la OTAN, más que a nosotros— la incorporación de España, contrariamente a lo que pudiera pensarse. A no ser que la situación empeore ostensiblemente, en cuyo caso la entrada de España adquiriría tintes prebélicos, nuestro ingreso en momentos de tensión podría sonar a desafío a la URSS, desafío que ni los EE.UU. ni la OTAN querrán probablemente plantear y más aún en la expectante situación yugoslava. Estos hechos se unen, si bien con mucho mayor peso específico, a otros anteriores, tales como la organización en Madrid de la Conferencia de Seguridad Europea y el mal momento de nuestras relaciones con Gran Bretaña en el contencioso de Gibraltar. De ahí que hablemos de una nueva mediatización.

De resultar cierto todo lo dicho, la alternativa «turca» —llamando así a la adoptada hace unos días por Turquía, consistente en tratado con los EE.UU. además de pertenecer a la OTAN— quedaría también descartada.

Tampoco dejaremos de mencionar otras dos conocidas posibilidades: la de no alineamiento o neutralista y la de una hipotética comunidad europea de defensa. Estimamos que ninguna de las dos es realista, la segunda por ser demasiado futurista y la primera —que siempre ofreció dudas de viabilidad— por haberse hecho saber extraoficialmente que resultaría cara en exceso.

Adrede hemos dejado para el final una alternativa hasta hace muy poco escasamente considerada y que podría ir tomando carta de naturaleza, aunque sólo fuera por exclusión de las otras. El último viaje del canciller Schmidt y el acercamiento hispano-germano sugieren la idea de pactos bilaterales múltiples, principalmente con los Estados Unidos y la República Federal aunque podrían añadirse otros más, incluso con países no pertenecientes a la OTAN, como sería Francia. De acuerdo en que resultaría un sistema farragoso y complejo, pero también debe admitirse que obviaría muchos inconvenientes. Nos limitamos, sin que ello suponga un respaldo desde esta columna, a mencionar esta solución, que cabría denominar de una especie de OTAN en porciones.

Veinte años

Lejanía de Albert Camus

¿OLVIDADO? Sólo a medias. El tiempo es implacable, y se encarga de destruir sus propios episodios de la manera más cruel. Quizá decir «tiempo», y pensando en Albert Camus, no sea la palabra adecuada: mejor, «historia». Porque para él, bien mirado, lo que contaba —lo que «pasaba»— no era exactamente el tiempo, concepto casi metafísico, o mera fatalidad física personal que arrastra a la vejez. Desde luego, Camus apenas alcanzó la edad en que el problema pudiese llegar a afectarle con las angustias correspondientes: murió, en un azar hórrido, antes de cumplir los cincuenta. Y la variante metafísca, cuando le inquietó, nunca fue en términos abstractos, descarnados, sino una reflexión ligada a hechos y a interrogantes nacidos de su circunstancia social. Sí: «historia», en vez de «tiempo». Esa misma «historia» le devoró, lo ha estado devorando en los últimos veinte años. Sería inútil hacer conjeturas acerca de lo que habría escrito, y lo que habría pensado, de haber vivido hasta hoy, por ejemplo. Su obra, su voz, quedó interrumpida en 1960. Hoy nos parece remota...

Para los centiberos de mi generación —y, si hubo excepciones, yo no lo fui—, la lectura de Albert Camus tuvo que ser tardía y difícil. Andaba de por medio la censura franquista. Pero todavía entrábamos en la órbita de inquietudes que él, como su amigo Sartre, como Merleau-Ponty-, vivieron en la Francia de la postguerra. Y como Simonne de Beauvoir, que hizo la crónica de todo aquello —allá— en su novela «Los mandarines», un gran documento europeo, por cierto. Se nos escapan matices: muchos. Tal vez se nos escapaban más cosas. En realidad, toda aquella literatura del país vecino venía involucrada en unos planteamientos teóricos que nosotros ni siquiera acabamos de entender. Todos ellos, Camus, Sartre, Merleau-Ponty, Beauvoir, se debatían en una polémica virtuosa con el marxismo: concretamente, con el stalinismo de los partidos comunistas occidentales y con la imagen «progresista» de la Unión Soviética. ¿Y qué sabíamos nosotros, entonces, de Marx o de Stalin? Los libros locales solían hablar del «bien común» y de santo Tomás de Aquino.

De todos modos, aquello resultaba apasionante. Me temo que un joven actual, hi hojea el papeleo francés de la época, no comprenda nuestro encandilamiento ante las novelas y los ensayos que nos venían —con retraso, insisto— de Paris. Todos deberíamos explicar, en lo posible, qué fue aquella experiencia. ¡Los quebraderos de cabeza que nos llevó la tentación de «l'engagément»! A la postre, el «engagément» no era ninguna novedad, ni ha dejado de ser una urgencia. Nadie fue, ni es ni será «neutral» en nada. O se está con unos o se está con otros. Y eso es lo que el «intelectual» se resiste a aceptar, si no es maniqueo por cuestión de hormonas o de intereses. No fue éste el caso de «los mandarines», aunque el grado de «honradez» ante el desafío de las denuncias antisoviéticas —un punto clave fue el de los campos de concentración rusos— no siempre se reveló idéntico. Camus tuvo más escrúpulos que los demás. ¿Escrúpulos «pequeño-burgueses»? Naturalmente que sí. El «escrúpulo» es un rasgo pequeño-burgués. No sólo él. «Las manos sucias», de Sartre. en el fondo, contiene tanta «moralina» como «Los justos», de Camus. Y Camus, y Sartre, y el resto, se enfrentaban con la fascinación de la violencia revolucionaria. Y dudaban, como era lógico, entre las estrategias posibles.

Han pasado veinte años de la muerte de Camus, y el venerable Sartre, hasta anteayer se apuntaba a la línea más extremista que le ofrecían. Es muy probable que, de haberse sobrevivido, Camus se hubiese inclinado por una decisión conservadora. Por lo menos, es lo que cabe deducir de una relectura de «El hombre rebelde» y de «El mito de Sísifo»... Pese a todo, sospecho que los «nuevos filósofos» tampoco encuentran a su gusto los libros de Albert Camus. Camus procedía de una «moral» curiosamente anómala —«mediterránea» la habría calificado él, que, en definitiva, era un «pied-noir» trasladado a París, y que siempre habría añorado su Argelia nativa, una Argelia con maestros de escuela franceses y con plazas centradas en monumentos a Juana de Arco que el indigenado no comprendía—: una «moral» absortamente contradictoria. Por este lado, Camus era un «francés» escolar: un subproducto de «instituteurs» radicalsocialistas y coloniales. Era mallorquín —o menorquín— por genealogía materna. Víctor Alba ha contado cómo le hizo firmar la traducción francesa del «Cant espiritual» de Joan Maragall. Camus ya no aprendió de su madre ni una sola palabra catalana. No parece que le interesó demasiado el poema del señor Maragall, que era —o «le» era— muy camusiano. En una comparanza entre Maragall y Camus, un Camus traducido sale perdiendo.

Me abstendré de más detalles. El «humanismo» de Albert Camus era tonto y deslabazado. Puso el dedo en muchas llagas, pero no en todas ni en las más importantes: su «idealismo» le constreñía. Los que no leemos a Camus, sino que le releemos, ahora, ingresamos en el territorio la perplejidad. Imaginamos que aún se habría distanciado más de Sartre. Y se habría distanciado de sí mismo... Camus me cae bastante simpático, y he traducido al catalán cinco o seis libros suyos: no porque yo compartiese sus «ideas», sino por que el salario editorial es lo que es. Siempre me pareció Albert Camus un filósofo» mediocre.

No podía competir con su compañero Sartre, que, como filósofo, también es bastante módico. No importa. Camus, Sartre, la Beauvoir, Merleau-Ponty, fueron, para nosotros, sus extraviados lectores, una propuesta de «libertad»... Eso ocurría en plena «historia». Cada momento es «historia», por supuesto. Albert Camus no acabó de precisarlo. Le atrapó la «historia», sin que él se diese cuenta. De «pied-noir» saltó, pasando por la «resistencia», a ideólogo de la «liberación». Albert Camus tuvo que enfrentarse con muchas contradicciones. Cuando escribía por la «liberación de Francia» frente a los nazis, ¿ignoraba que él, como francés —«pied-noir»—, era ya el nazi para los argelinos? O lo era la OAS...

El Camus que sigue interesando es éste, y no el otro. ¿El de «El mito de Sísifo»? ¿El de «Los justos»? Son libros enjundiosos, bien trabados, sugerentes. Son, también, una sarta de sofismas. Y lo mismo da... A los veinte años de su defunción, Camus se nos ha convertido en un retazo de memoria que no logramos retener. Permanecen «La peste», «El extraño», «La caída»... No sé, no sabría qué decir del resto. Las narraciones de Camus —las más distinguidas— son como fábulas, y conllevan su moraleja... Me alucionaban hace treinta años. ¿Ahora? Como «El diablo y el buen Dios», de Sartre. La dialéctica de estos mamotretos se esfumó... Si no fuese por el reciente chiste acerca del profesor Kung, yo diría que Jean-aul Sartre es el último teólogo de la tradición cristiana. Y lo es, o lo era. Como quería serlo Camus. Es igual... Les calificaron de «existencialistas». ¿Y qué? ¿Es la esencia antes que la existencia, o al revés? Estos juegos de palabras, últimamente, ni siquiera tienen acogida en las clases universitarias... ¿Me permitirán los especialistas, en homenaje o contrahomenaje a Camus, un recelo final? Camus nunca leyó a Wittgenstein. Ni Sartre. ¿Para qué?... Dejémoslo estar así, de momento. Y recemos por Albert Camus, a Dios o a los dioses. El lo habría querido...

Joan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

MATEMATICAS Y POESIA, O EL FINAL DEL SIGLO XX

Señor Director:

En la edición del martes 22, el lector J. B. dice que la década de los 80 empezará en 1981 y no en 1980. Me parece un poco fuerte afirmar eso, porque si en el año 1980 no hay un número 8...

Por lo demás, abundando en una teoría muy extendida, asegura que el siglo XX terminará el 31 de diciembre del año 2000. En el terreno matemático, no puede negarse que tiene razón. Pero por encima de la realidad matemática está esa otra realidad «poética» que es el esplendor y el fetichismo de las cifras. ¿Quién será capaz de quitar, a quien viva a fines de 1999, la ilusión de que al cabo de unos días o unas horas entrará en el siglo XXI y en el tercer milenio de nuestra Era? Si el lector J. B. y tantos otros que tienen igualmente razón en el ámbito matemático viven para entonces, seguirán esforzándose en imponer su criterio. Pero la inmensa mayoría de la gente (incluidos ellos mismos, en el fondo de su alma) estará encantada de sentirse «importante» por asistir a un cambio de siglo y de milenio sin tener que esperar un año más para que las matemáticas sean respetadas. Lo que siento es que yo, por razón biológica, ya no seré de esos «importantes».

Hay razones del corazón que la razón no entiende. Y por eso mismo estoy seguro de que esta carta mía no servirá para nada. Pero la cuestión es pasar el rato.

José CASAN HERRERA

HAY QUE AYUDAR AL HOSPITAL DE SAN PABLO

Señor Director:

Me permito dirigirme a usted sobre el pésimo estado financiero en el que se encuentra el Hospital de San Juan y San Pablo. A sus estimados lectores les debo una explicación —soy extranjera, residente desde hace 17 años aquí en Barcelona, mi marido falleció en el mes de mayo pasado, y estoy esperando una pensión de viudedad que legalmente me corresponde. Mi situación en cuanto a fondos es bastante débil, pero a pesar de todo estoy dispuesta a ayudar.

Hemos llegado a un punto cuando no se puede echar toda la responsabilidad y la culpa al Gobierno, a la Generalitat, la Seguridad Social, o quien sea. Tenemos que actuar por nosotros mismos si queremos mantener y tener a nuestra disposición los hospitales y servicios médicos de esta ciudad. El Gobierno tiene que enfrentarse con unos problemas gigantescos en todos los sentidos, y al fin y al cabo, ¿en qué consiste ese «Gobierno»? Un grupo de unos cientos de hombres elegidos por ustedes (yo no, porque no tengo derecho a votar), pero nosotros, los ciudadanos de Barcelona, somos millones, ¿y no nos interesa a nosotros mismos el buen funcionamiento de nuestros hospitales? ¿Por qué siempre tenemos que esperar que actúen los demás? ¿Somos nosotros incapaces de hacer un esfuerzo para salvar algo que nos interesa a todos?

A mi juicio, no es bastante decir con tanto orgullo «ahora tenemos la autonomía». Las palabras y el orgullo no cuestan nada. Vamos a ver si hay más que palabras y orgullo. Vamos a ver si entre estos millones hay un verdadero espíritu que cuenta para algo, que demuestra nuestra voluntad para ayudar a los demás en lugar de pensar en nuestro propio bienestar —en los juguetes para los niños, en el nuevo televisor en color, en los viajes a Nueva Kork o Tailandia—, en las mil cosas que compramos pero que en realidad son cosas de lujo, sin las cuales uno puede vivir muy bien, pero sin los hospitales nos morimos.

Personalmente conozco a muchas personas a quienes no les costaría nada hacer un donativo al Hospital de San Juan y San Pablo. Por mi parte, considero que yo puedo donar en este momento, dado mis circunstancias y con todo mi buen corazón, cinco mil pesetas, y adjunto un talón por ese importe. Multiplicado por mil serían cinco millones, por diez mil, cincuenta millones, ¿y cuánta gente hay que puede dar más y mucho más que yo?

Dejemos de pensar en echar la responsabilidad a las autoridades. Es demasiado cómodo. Demasiado fácil. Es «nuestro» problema; «nosotros» tenemos que resolverlo. En lugar de hablar hay que actuar. Entonces, y solamente entonces, se demuestra y se justifica ese orgullo de la autonomía. Entonces se puede decir: «Vean lo que hemos hecho aquí en Catalunya».

Iris F. CLARKE, M. B. E. (Inglesa)

N. de la R. — El talón ha quedado en la Administración del periódico a disposición del Hospital citado.

UN SARCASMO INTOLERABLE DE TVE

Señor Director:

En estos tiempos en que tanto se habla sobre los derechos humanos del hombre, me parece absolutamente inmoral e incivilizado lo que vi ayer por televisión en el espacio «Fantástico». Hay una funesta sección llamada «Punto de mira», que con la fórmula de la cámara escondida filman las relaciones de las personas sin que éstas lo sepan. Personalmente, nunca me ha gustado esta sección, ya que el tomarle el pelo a la gente no es para mí ningún tipo de humor. Pero ayer llegaron al colmo de lo insoportable. Con la excusa de que habían puesto en la prensa un anuncio de trabajo solicitando personal para un programa de televisión, se filmaba cómo una persona esperaba su turno y veía cómo sus dos antecesores (preparados para tal efecto) salían de donde se tenía que hacer la prueba corriendo y con un pañuelo en la boca lleno de sangre. Era realmente vergonzoso a la humillación y tortura psíquica que sometían a personas, casi todas víctimas del paro, que iban con la ilusión de poder encontrar trabajo y a las que se ilusionaba, asustaba e, incluso, enfermaba, por una simple distracción televisiva. ¿Cómo se puede jugar con los sentimientos y miedos de la gente para distracción de los demás? Mientras la cámara sostenía en primer plano vimos varios casos de personas que entraban ilusionadas, se iban progresivamente asustando por golpes y gritos que se oían al fondo, hasta acabar aterrorizadas por lo desconocido y ya absolutamente desesperanzadas de encontrar un medio para subsistir. Y después el Iñigo, sonriendo, aún tiene la cara, en una entrevista, de preguntarle a un humorista si en este país llegaremos algún día a reír con humor sano sin recurrir al humor grosero. Yo no sé a qué se referiría con eso de humor grosero, pero la humillación, la tortura, los sentimientos, las esperanzas, etcétera, usadas para la peor de las chabacanerías, eso sí que es grosero y humillante para el ser humano.

José SAFONT LOPEZ

CALENDARIO FESTIVO

Señor Director:

He leído en el periódico que usted dirige, de fecha del día 11 de este mes, la posible modificación del calendario de fiestas que regirá en Catalunya durante este año.

Admito lo difícil que puede ser eliminar fiestas cuando esto es una necesidad. No sé qué criterio se habrá seguido para esta eliminación; pero a mí me ha provocado varias dudas. ¿Qué clase de pueblo somos que ya no festejamos a nuestra madre? Se han suprimido las dos fiestas de la Virgen: la Asunción y la Inmaculada Concepción. Otra duda se me presenta: ¿por qué justo al acabar el Año Internacional del Niño se suprime la fiesta de la Epifanía? Además del profundo sentido cristiano que lleva implícita, aporta tanta alegría a los niños y a quienes se sienten como niños...

Y, si de acuerdo con la situación económica que vivimos deberíamos crecer en responsabilidad laboral, no tomemos decisiones de modo tan arbitrario. ¿Por qué quienes nos planifican confían tan poco en nuestra participación que nos colocan habitualmente en días de trabajo las elecciones? y, ¿por qué a los que somos dirigidos nos importa tan poco colaborar en el progreso que juntos sumamos 171 millones de horas de paro laboral en un solo año? ¿Cómo relacionar estos hechos con la supresión de fiestas?

Pidamos a Dios que ilumine al Consell Executiu para revisar esta falta de coherencia en el nuevo calendario y que haciendo uso del «seny» propio de nuestra tierra, coloque mejor la celebración de nuestra diada. Pienso que tiene más sentido el dia de la Verge de Montserrat o de Sant Jordi, que bastante arraigo tienen entre nosotros y cuya protección bien necesitados.

Agradecería una respuesta a mis dudas.

Teresa VERGES BOTEY

«LOS NOMBRES DE NUESTRAS CALLES»

Señor Director:

Con referencia al contenido de la carta de don José Planell, publicada bajo el título «Los nombres de nuestras calles» y aparecida en la edición de «La Vanguardia» del pasado día 6 de este mes, me complace manifestarle lo siguiente:

Efectivamente, se trata de un acuerdo municipal esencialmente político, tomado en sesión plenaria por el actual Ayuntamiento, primero elegido directamente por los ciudadanos de Barcelona y cuyas decisiones han de interpretarse como voluntad de la mayoría.

En cuanto a la posible confusión que el ciudadano tendrá por la puesta en práctica de esta medida, es evidente que todo cambio de esta naturaleza suele producir en principio cierta desorientación. Para evitarla es aconsejable, en aquellos casos en que sea factible, citar a continuación del actual el anterior nombre de la calle o plaza, especialmente en escritos e impresos. Pasado un cierto tiempo dejará de tener aplicación efectiva esta medida, acostumbrados todos a la nueva nomenclatura.

Menciona el señor Planell también en su escrito la falta de limpieza de las placas, defecto que se está subsanando. De otra parte y en cumplimiento de un anterior acuerdo municipal, se están sustituyendo algunas de las del sector central de la ciudad por otras en catalán. Asimismo y dentro de las posibilidades económicas para inversiones en este capítulo, se desarrolla una programada campaña de adecentamiento de estas placas, procurando no cargar demasiado el presupuesto por este concepto.

Es de lamentar que, al citar el caso del extranjero que no llegó a descifrar el nombre de una calle por las deficiencias de su rotulación, no se precise de qué vía urbana y lugar de la misma se trata, para poder corregir la falta con toda prontitud.

LUIS REVERTER
Regidoria-Consellería de Relacions Ciudadanes del Ajuntament de Barcelona

N. de la R. — Escogemos con preferencia para la publicación —íntegra o condensada, según el espacio— las cartas breves, escritas a máquina por una sola cara que puedan aparecer firmadas con nombre y apellido.

Recordamos a nuestros comunicantes que las señas completas deben figurar en la misma carta, y que no podemos mantener correspondencia ni atender visitas o llamadas telefónicas respecto a cartas recibidas.